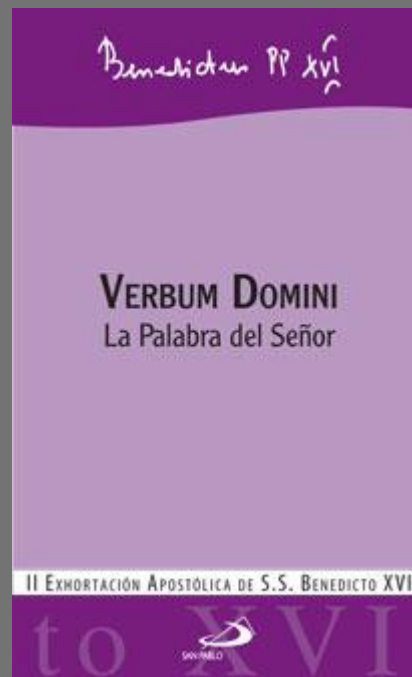


2010

Hacia un cambio de paradigma: LA IGLESIA Y EL LIBRO DE LA ALIANZA (1ª parte)

REFLEXIONES TEOLÓGICAS SOBRE LA II EXHORTACIÓN APOSTÓLICA DE S.S. BENEDICTO XVI, "VERBUM DOMINI"



Prof. José Cristo Rey García Paredes, cmf
ITVR-ICLA
12/11/2010



HACIA UN CAMBIO DE PARADIGMA: LA IGLESIA Y EL LIBRO DE LA ALIANZA

REFLEXIONES TEOLÓGICAS SOBRE LA II EXHORTACIÓN APOSTÓLICA DE S.S. BENEDICTO XVI, “VERBUM DOMINI”

INTRODUCCIÓN

Desde el día 5 al 26 de octubre del pasado año 2008 tuvo lugar en Roma la XII Asamblea General del Sínodo de los Obispos que versó sobre “la Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia”. Contó con la presencia de unos de 340 miembros, la mayoría –obviamente- obispos¹; pero también fueron invitadas otras personas que reflejan una perspectiva eclesiológica más inclusiva². El trabajo sinodal no se redujo –sin embargo- a las tres semanas de sesiones en Roma. Podría ser descrito como un largo proceso, iniciado el día en que fue convocado el Sínodo y todavía no concluido: finalizará cuando el Papa Benedicto XVI promulgue la correspondiente exhortación apostólica.

El proceso sinodal ha estado marcado por varios documentos que nos sirven de referencia: los *Lineamenta*, el *Instrumentum Laboris*, las *Propositiones* y el *Mensaje final*³. En ellos se puede descubrir lo que ha sido el itinerario sinodal hasta este momento. Con fecha 30 de septiembre de 2010, memoria de san Jerónimo, el papa

¹ Presidido por el Papa Benedicto XVI, actuó como Secretario General del Sínodo Mons. Nikola Eterović, y como presidentes delegados los cardenales William Joseph Levada, Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, George Pell, Arzobispo de Sydney, Odilo Pedro Scherer, Arzobispo de São Paulo. Relator general del Sínodo fue el cardenal arzobispo de Québec Marc Ouellet. Hubo 17 representantes de las Iglesias orientales; por las conferencias episcopales de África 44 representantes. Por las conferencias episcopales de América, 45. Por las Conferencias episcopales de Asia, 25. Por Europa, 44. Por Oceanía, 5. Miembros elegidos por la Unión de Superiores Generales fueron, 10. Cardenales y arzobispos de los organismos de la Curia Romana, 30. Miembros nombrados por el Santo Padre, 32. Otros participantes como expertos fueron, 39 y oyentes fueron, 35. Delegados fraternos, 9. Y como invitado especial el rabino jefe de Haifa Shear-Yashuv Cohen, el Hno. Alois, Prior de la Comunidad Euménica de Taizé y el Rev.do Archibald Miller Milloy, Secretario General de las "United Bible Societies".

² La sinodalidad –como característica de la Iglesia del Vaticano II- podrá en el futuro desplegarse de forma innovadora; se convertirá en método eclesiológico para una iglesia plural, transdenominacional, global, intercomunicada, informatizada.

³ A ellos habría que añadir las *Relatio ante y post-disputationem*, en las cuales el card. Ouellet, relator general, ofrecía a los Padres la síntesis y perspectivas de todo lo tratado con anterioridad.

Benedicto XVI ha publicado su segunda exhortación apostólica “Verbum Domini”, sobre la Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia.



Un acontecimiento eclesial de esta magnitud, en el cual han intervenido tantas y tan cualificadas personas y reelaborado y firmado por el Papa Benedicto XVI, merece todo nuestro respeto y consideración y debe ser acogido con agradecimiento.

En mi reflexión trataré de exponer las ideas y determinaciones más importantes del Sínodo y de la Exhortación apostólica; pero también pondré de relieve algunas otras perspectivas que se nos abren, partiendo –sobre todo- de la última proposición del Sínodo, n. 55, recogida por la exhortación apostólica “Verbum Domini”. En ella se propone algo que me parece inusual en el lenguaje del Magisterio y que resulta extraordinariamente estimulante: se pide un cambio de paradigma en la relación de la Iglesia con la Palabra:

“La atención devota y amorosa a la figura de María, como modelo y arquetipo de la fe de la Iglesia, es de importancia capital para realizar también hoy un cambio concreto de paradigma en la relación de la Iglesia con la Palabra, tanto en la actitud de escucha orante como en la generosidad del compromiso en la misión y el anuncio”⁴.

¿Qué puede significar este “cambio de paradigma” en la relación con la Palabra? Eso es lo que habría que estudiar poniendo de relieve las mejores intuiciones y propuestas del Sínodo⁵. En este texto del n. 28 se inspira mi reflexión y también su estructura. Estará dividida en tres partes:

- Perspectiva: cambio de paradigma en la relación de la iglesia con la Palabra
- Vivencia: La Palabra de vida
- Actuación: Palabra y Misión

⁴ Benedicto XVI, *Verbum Domini*, n.28.

⁵ De hecho el Papa dice: “Exhorta también a los estudiosos a que profundicen más la relación entre *mariología y teología de la Palabra*” *Verbum Domini*, n. 27.

I. PERSPECTIVA: CAMBIO DE PARADIGMA EN LA RELACIÓN DE LA IGLESIA CON LA PALABRA

El cambio de paradigma implica un cambio de método

El Sínodo adoptó en cada una de las fases de elaboración un método claramente deductivo, que yo denominaría también “sacramental”. Y no se pudo obviar ni siquiera en el Mensaje final del Sínodo, que por otra parte intentaba ser muy narrativo. Fíjense cómo se autopresenta el Mensaje:

“Os vamos a invitar ahora a realizar un camino espiritual en cuatro fases que nos llevará desde la eternidad y la naturaleza infinita de Dios hasta nuestras casas y calles de nuestras ciudades” (Mensaje, Introducción).

Es el método que parte de la realidad divina: la Palabra eterna de Dios. Ese movimiento se va sacramentalizando progresivamente en la creación, en la historia humana y se hace persona en Cristo Jesús. El método nos lleva de lo invisible a lo visible. Es un método platónico. Estamos acostumbrados a él. Se ha vuelto normal –y yo diría, incluso rutinario- en el Magisterio oficial de la Iglesia. Permite comenzar directamente por los grandes principios teológicos, sin tener que dedicar un tiempo a lo que llamamos “teología fundamental”. Este método honra el primado de la revelación, pero se evita el tener que justificar ante la razón humana las serias preguntas que en cada momento histórico emergen.

El Sínodo optó por utilizar en todo momento la categoría “Palabra de Dios” y partir de ella como lo más obvio. Si es cierto, como tantos denuncian en este tiempo que nuestras sociedades se están alejando de Dios y que Dios cada vez les “dice” menos y que los mismos creyentes están cada vez más implicados en ese proceso de secularización, ¿no deberíamos emplear un método de comprensión diferente? ¿Cómo hablar de la Palabra de Dios allá donde la sociedad habla del Silencio de Dios o silencia a Dios? Debemos plantearnos cómo transmitir nuestra fe en la Palabra de Dios en una cultura globalizada en la cual Dios es cada vez más silenciado.

En muchos otros ámbitos de la Iglesia utilizamos otro método inductivo, que yo llamaría también “mistagógico” que consiste en los tres momentos ya conocidos: ver – discernir-actuar. Según ese método hay datos empíricos que es muy interesante analizar: ¿cómo nos relacionamos con la Palabra de Dios en la Iglesia, los ministros ordenados, los consagrados, los laicos? ¿Qué lugar ocupa la Palabra en nuestra misión, en nuestra vida? ¿Hasta dónde llega nuestra acogida y conocimiento de la Palabra de Dios en la Biblia? ¿Qué incidencia ha tenido en la Iglesia la Constitución “Dei Verbum” – después de cuarenta años de su promulgación- y en qué medida el gobierno eclesial se ha dejado iluminar y conducir por la Palabra? ¿Qué problemas concretos tienen los fieles cristianos en su comprensión de la Escrituras? ¿Cómo entran las nuevas

generaciones en la transmisión de la Palabra, qué les dicen, cómo la entienden, qué dificultades les presenta?... ¿Qué significa nuestro libro santo para la humanidad actual? ¿Cómo lo acogen las distintas confesiones cristianas y las diversas religiones? Todas estas cuestiones se han planteado ciertamente durante el Sínodo. Pero no han servido de punto de partida metodológico, sino sólo referencial.

Es muy interesante el centrar la mirada en el Libro sagrado de la Biblia y desde esa realidad concreta, visible, histórica preguntarnos cómo desde el libro podemos descubrir al Dios que nos entrega su Palabra de mil formas, no solo a través del Libro: qué proceso mistagógico seguir para llegar desde el Libro a la Palabra. Sin ese proceso previo, la categoría de “Palabra de Dios” resulta indefinida y abstracta. Se corre el riesgo de atribuir la condición de “Palabra de Dios” a palabras que tal vez no lo son, que son palabras humanas que delatan intereses egoístas, defendidos e impuestos en nombre de Dios.

El cambio de paradigma con relación a la Palabra nos lleva, ante todo, a un cambio metodológico que consiste en preguntarnos por nuestra situación actual respecto a nuestro Dios, para después llegar al Dios que nos habla a través de un proceso mistagógico, en el cual el Libro sagrado de la Biblia se convierta en foco permanente de atención, acogida, estudio y orientación.

El libro sagrado: La Biblia

“Aunque la fe cristiana no es una « religión del Libro »: el cristianismo es la « religión de la Palabra de Dios », no de « una palabra escrita y muda, sino del Verbo encarnado y vivo» (Dei Verbum, 7)

La fe cristiana dispone de un libro sagrado, que es la Biblia. Muchas religiones, también, se sienten agraciadas con el don de Libros sagrados. Creen que ellos son textos o totalmente divinos o textos inspirados por la divinidad⁶. Nuestro libro sagrado, la Biblia, es compartido por todas las confesiones cristianas, entre ellas aquellas que denominamos “sectas”. Compartimos también gran parte del libro sagrado con el Judaísmo.

⁶ Existen diferentes actitudes hacia los textos sagrados. Algunas religiones procuran que los textos escritos se divulguen libre y ampliamente, mientras que otras sostienen que deben permanecer ocultos de todos, excepto para los fieles y los iniciados. La mayoría de religiones promulgan políticas que definen los límites de los textos sagrados, controlando o prohibiendo cambios y adiciones. Algunas religiones consideran sus textos sagrados como la Palabra de Dios, sosteniendo a menudo que los textos están inspirados por Dios y, como tales, no son aptos para modificaciones. Las traducciones de los textos pueden recibir la bendición oficial, pero a menudo la lengua sagrada original tiene de facto el más alto grado de importancia absoluta o exclusiva.

Desde los libros al Libro

La Sagrada Escritura cristiana ha llegado a nosotros como una gran colección de libros, cada uno de ellos escrito con un peculiar estilo literario y por autores muy diferentes. El pueblo de Israel determinó el canon de los libros sagrados de la primera alianza o del “antiguo pacto”, escritos a lo largo de un período de más de mil años⁷. Después la iglesia determinó el canon de los libros sagrados de la “segunda alianza” o “nuevo pacto” cuya redacción duró menos de un siglo, al mismo tiempo que asumió el canon del pueblo judío⁸. Fue, a finales del siglo II que se comienzan a denominar las colecciones “un nuevo pacto” y ésta se distingue de la colección del “antiguo pacto”. Se habían ido generando en menos de un siglo⁹. Ambas determinaciones –judía y cristiana– presuponen que el proceso de constitución de la Biblia quedó cerrado¹⁰.

⁷ “Ciertamente, la Biblia, vista bajo el aspecto puramente histórico o literario, no es simplemente un libro, sino una colección de textos literarios, cuya composición se extiende a lo largo de más de un milenio, y en los que no es fácil reconocer una unidad interior; hay incluso tensiones visibles entre ellos. Esto vale para la Biblia de Israel, que los cristianos llamamos Antiguo Testamento. Pero todavía más cuando los cristianos relacionamos los escritos del Nuevo Testamento, casi como clave hermenéutica, con la Biblia de Israel, interpretándola así como camino hacia Cristo. Generalmente, en el Nuevo Testamento no se usa el término « la Escritura » (cf. Rm 4,3; 1 P 2,6), sino « las Escrituras » (cf. Mt 21,43; Jn 5,39; Rm 1,2; 2 P 3,16), que son consideradas, en su conjunto, como la única Palabra de Dios dirigida a nosotros” (*Verbum Domini*,39).

⁸ La exhortación apostólica reconoce la validez de los textos del Antiguo Testamento en los siguientes terminus: “En la perspectiva de la unidad de las Escrituras en Cristo, tanto los teólogos como los pastores han de ser conscientes de las relaciones entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Ante todo, está muy claro que el mismo Nuevo Testamento reconoce el Antiguo Testamento como Palabra de Dios y acepta, por tanto, la autoridad de las Sagradas Escrituras del pueblo judío. Las reconoce implícitamente al aceptar el mismo lenguaje y haciendo referencia con frecuencia a pasajes de estas Escrituras. Las reconoce explícitamente, pues cita muchas partes y se sirve de ellas en sus argumentaciones. Así, la argumentación basada en textos del Antiguo Testamento constituye para el Nuevo Testamento un valor decisivo, superior al de los simples razonamientos humanos. En el cuarto Evangelio, Jesús declara en este sentido que la Escritura « no puede fallar » (Jn 10,35), y san Pablo precisa concretamente que la revelación del Antiguo Testamento es válida también para nosotros, los cristianos (cf. Rm 15,4; 1 Co 10,11).¹³² Además, afirmamos que « Jesús de Nazaret fue un judío y la Tierra Santa es la tierra madre de la Iglesia »; en el Antiguo y Nuevo Testamento se encuentra la raíz del cristianismo y el cristianismo se nutre siempre de ella. Por tanto, la sana doctrina cristiana ha rechazado siempre cualquier forma de marcionismo recurrente, que tiende de diversos modos a contraponer el Antiguo con el Nuevo Testamento” (*Verbum Domini*.40).

⁹ Así lo muestran los escritos de Clemente de Alejandría y Tertuliano de Cartago.

¹⁰ No sabemos qué motivos llevaron a escribir el primer libro, ni tampoco a cerrar el último libro. Nosotros creemos hoy que la escritura de estos libros fue llevada adelante por un providencial plan de Dios y que no fue por acaso que todos ellos quedaron escritos. La Iglesia, comunidad movida por el Espíritu y especialmente en el contexto de su liturgia sacramental, pudo discernir entre libros inspirados y no inspirados o apócrifos; con la autoridad recibida del Señor, determinó cuáles; ya en la misma Sagrada Escritura se constata el deseo de que el texto inspirado no sea corregido, ni sobreñadido a nada. El Deuteronomio sella el libro del pacto con estas palabras: “No añadiréis nada a lo que yo os mando, ni

En el concilio de Cartago en el 395 se determinó qué libros formaban la colección del nuevo pacto; y quedó casi totalmente definido a pesar de las vacilaciones que surgirían en la Reforma protestante respecto a la canonicidad de algunos libros¹¹.

Pero ¿qué es lo que unifica este conjunto de libros y de estilos tan diferentes que llamamos “Antiguo y Nuevo Testamento”?¹².

El principio unificador y la imagen unificadora

La exhortación apostólica ofrece una respuesta clara: ¡Jesús es la clave unificadora!

“En la escuela de la gran tradición de la Iglesia aprendemos a captar también la unidad de toda la Escritura en el paso de la letra al espíritu, ya que la Palabra de Dios que interpela nuestra vida y la llama constantemente a la conversión es una sola. Sigue siendo para nosotros una guía segura lo que decía Hugo de San Víctor: « Toda la divina Escritura es un solo libro y este libro es Cristo, porque toda la Escritura habla de Cristo y se cumple en Cristo»”¹³.

Pero cabe preguntarse: ¿cómo es posible dar unidad y correlación a tantos libros escritos a lo largo de un tiempo tan dilatado? ¿A quién atribuirle la autoría?¹⁴. La iglesia ha creído que más allá de cualquier autor humano –en ellos y sobre ellos- ha y un autor trascendente: el Espíritu Santo. Él da unidad y correlación a tan magnífica diversidad. La

quitaréis nada; para así guardar los mandamientos de Yahveh vuestro Dios que yo os prescribo.” (Deut 4,2)¹⁰ y también el Apocalipsis sella el libro del nuevo pacto con estas palabras: “Yo advierto a todo el que escuche las palabras proféticas de este libro: «Si alguno añade algo sobre esto, Dios echará sobre él las plagas que se describen en este libro. Y si alguno quita algo a las palabras de este libro profético, Dios le quitará su parte en el árbol de la Vida y en la Ciudad Santa, que se describen en este libro».” (Apc 22:18-19). De forma semejante se expresa el antiquísimo libro de la Didaché: “No dejarás de cumplir los mandamientos del Señor, sino que guardarás las cosas que has recibido, “sin añadir ni quitar””.

¹¹ Los Reformadores volvieron a cuestionar el tema de los libros inspirados o no inspirados; se sintieron especialmente a disgusto con la Carta a los Hebreos, el Apocalipsis y los Libros Deuterocanónicos. La idea de eliminar a Hebreos y al Apocalipsis de la biblia no fue ampliamente apoyada. A los Deuterocanónicos, sin embargo, no les fue tan bien. Algunas iglesias reformadas los incluyeron en las escrituras y otras no. Finalmente la Iglesia se vio forzada a reconocer formalmente qué libros habían sido tradicionalmente utilizados. Esto se hizo en el concilio de Trento, y esta lista, basada en la enseñanza cristiana tradicional, es la lista de libros utilizada por los católicos hoy en día

¹² Distinguimos en la Biblia literatura histórica, sapiencial, erótica, profética, sapiencial, evangélica, epistolar, apocalíptica. Todos esos géneros literarios están al servicio de un gran proyecto conjunto que va relatando la historia de la Alianza de Dios con su pueblo, con la Iglesia o con toda la humanidad. Esa historia no es lineal, ni progresiva. Está sometida a muchos avatares y vicisitudes. Por eso, se relatan en el Libro muchas historias o narraciones de alianzas de todo tipo.

¹³ *Verbum Domini*, 39.

¹⁴ Durante el Sínodo se pusieron de relieve las preguntas que emergen en la pastoral de la Iglesia: ¿qué significa inspiración y verdad de las sagradas Escrituras? ¿En qué consiste el canon de las Escrituras y cómo explicarlo? ¿Qué tipo de verdad hay que atribuir a las Escrituras? ¿Qué carácter histórico hay que atribuir a la Biblia?: *Instrumentum Laboris*, n. 14.

inspiración es un carisma del Espíritu Santo¹⁵; no es dictado. La inspiración cuenta con la libertad y la capacidad personal del escritor; pero ilumina e inspira a ambas¹⁶. Todos los libros escritos bajo inspiración divina pueden ser denominados verdaderamente Palabra de Dios (cf. DV, 24)¹⁷. De todas formas la exhortación apostólica no ha querido desarrollar esta perspectiva pneumatológica y espera que exista una mayor profundización teológica en el tema de la inspiración¹⁸.

Se reproduce aquí el principio de la holografía: “el todo es más que la suma de las partes”; o también aquel otros principio: “el todo en el fragmento”. Ahora bien, este criterio de totalidad, no invalida –en primer lugar- el estudio científico, histórico-crítico de cada fragmento. Al fragmento uno puede y debe acercarse con la honestidad científica de quien quiere comprender lo que en el texto se transmite: cómo fue escrito, en qué claves, cómo fue interpretado. Sin embargo, ese criterio queda relativizado ante la visión holística, de quien comprende cómo ese fragmento depende del todo: de la revelación en Cristo Jesús.

Puede ocurrir a veces que la excesiva fijación en el fragmento nos impida contemplar el todo. Puede ocurrir que grandes expertos en fragmentos bíblicos, ignoren –al final- la revelación principal que en ellos se ofrecen, la visión holística que en ellos se nos da. Y esa visión es Jesús, como Palabra de Dios y manifestación y revelación del Abbá.

Por otra parte, no basta contentarse con los fragmentos entendidos como unidades completas en sí mismas, que nos transmiten una enseñanza antropológica, religiosa o incluso terapéutica. No deberíamos olvidar, ni siquiera en el menor de los fragmentos, su referencia al todo, es decir, al plan del Abbá en Cristo Jesús.

Y en ese “todo” ¿qué imagen unificadora se descubre?

¹⁵ “A través del carisma de la inspiración el Espíritu Santo constituye los libros bíblicos en Palabra de Dios”: *Instrumentum Laboris*, 14.

¹⁶ *Instrumentum Laboris*, 15c.

¹⁷ *Instrumentum Laboris*, 9e; L, 14.

¹⁸ Como afirma la doctrina conciliar sobre este punto, los libros inspirados enseñan la verdad: «Como todo lo que afirman los hagiógrafos, o autores inspirados, lo afirma el Espíritu Santo, se sigue que los libros sagrados enseñan sólidamente, fielmente y sin error la verdad que Dios hizo consignar en dichos libros para salvación nuestra. Por tanto, “toda la Escritura, inspirada por Dios, es útil para enseñar, reprender, corregir, instruir en la justicia; para que el hombre de Dios esté en forma, equipado para toda obra buena” (2 Tm 3,16-17 gr.)».70 Ciertamente, la reflexión teológica ha considerado siempre la inspiración y la verdad como dos conceptos clave para una hermenéutica eclesial de las Sagradas Escrituras. Sin embargo, hay que reconocer la necesidad actual de profundizar adecuadamente en esta realidad, para responder mejor a lo que exige la interpretación de los textos sagrados según su naturaleza. En esa perspectiva, expreso el deseo de que la investigación en este campo pueda progresar y dar frutos para la ciencia bíblica y la vida espiritual de los fieles.

Cuando las contemplamos todas en su conjunto, descubrimos una línea argumentativa, una especie de “elan vital” que da sentido a todo y todo lo acontecido y escrito lo interconecta.

Responder que “Jesucristo” es el principio unificador es cierto, pero todavía incompleto. Mejor sería decir que la imagen que todos los libros de la Escritura nos ofrecen es la del gran proyecto de Dios que culminó con la encarnación, muerte y resurrección del Hijo de Dios Jesús y con el cumplimiento de la promesa definitiva: la venida del Espíritu Santo. Y ese gran proyecto tenía como objetivo “hacer su voluntad así en la tierra como en el cielo”: voluntad de Alianza definitiva con la humanidad y la creación, la “alianza nueva y eterna”

El libro es, por lo tanto, un relato inmenso de historias de Alianza que culmina en la Alianza establecida por medio de Jesús y del Espíritu. Reconocemos en la Iglesia que el Libro de la Alianza no es una invención del genio literario humano, sino que pone en acta el mayor acontecimiento que la historia humana pudo sospechar: el deseo de Dios de ser nuestro partner, de ponerse a nuestro lado y comprometerse con nosotros para que nosotros nos comprometamos con Él. El libro de la Alianza es considerado, por eso, “Palabra de Dios”, pero habría de ser reconocido también como “palabra del ser humano” que acoge y ratifica la Alianza. Es el libro que habla de los dos aliados: Dios y el ser humano.

Palabras de Alianza: del logos al dia-logos

Ya antes de los libros existía la Alianza. La tradición iba transmitiéndola de generación en generación. En los libros fue quedando plasmada, pero también en los rituales y fiestas sagradas del pueblo, como memorial permanente.

Dios ha hablado de muchas maneras para seducir al ser humano y aliarse con él (Heb 1,1). En los últimos tiempos nos ha hablado en un Hijo (Heb 1,1). Esa es la palabra definitiva, que une ya indisolublemente a Dios con la humanidad y con su creación.

En la reflexión sobre la Palabra del Señor la categoría de “alianza” no llega a convertirse en la gran clave de interpretación. En los *Lineamenta*, en las *Propositiones* y en el *Mensaje final* sólo aparece esta importantísima categoría en dos ocasiones en cada uno de los documentos¹⁹. Menos mal, que el *Instrumentum Laboris*, haciéndose eco de

¹⁹ En los “Lineamenta”, n. 10 donde se dice que “La Revelación es una comunión de amor, frecuentemente expresada en la Sagrada Escritura en términos de “alianza” (*Jn* 9:9; 15:18; *Ex* 24:1-18; *Mk* 14:24). Lineamenta, 29: hace referencia a aquello que nos une al pueblo judío: “Cristo y los Judíos son hijos de Abraham, fundados en la misma alianza... Dios no ha revocado la primera alianza. En las *Propositiones*, se mostró una cierta insensibilidad hacia el tema de la Alianza y solo se hizo referencia a ella en dos textos que se refiere al diálogo con los hebreos y a la Palabra de la Alianza, en referencia a María: En la propositio 52 se habla del diálogo entre cristianos y hebreos. Se dice que es un diálogo que

las aportaciones recibidas de todas las Iglesias y grupos, dedica seis números a desarrollar el tema de la Alianza y en contextos muy importantes. La exhortación le dedica el n. 22: “Llamados a entrar en la Alianza con Dios”, pero está en la línea de las reflexiones sinodales. Esta categoría lleva a plantear el Logos de Dios como diá-logos, o como “diálogo de Alianza”²⁰.

A mi modo de ver la categoría de Alianza entre Dios y su pueblo es el principio hermenéutico y unificador de toda la Biblia y nos ofrece un nuevo paradigma para superar el “sola Scriptura” o el “solus Christus” de la Reforma protestante y también el excesivo cristocentrismo católico. La categoría de Alianza es trinitaria y eclesial, al mismo tiempo, es divina, humana y creatural. Esta categoría permite comprender mejor el carácter dialogal del libro sagrado, de la Palabra de Dios que espera siempre el correlato de la Palabra humana, del Dios que no anula a su partner, sino que lo potencia, del Dios que no solo quiere ser escuchado, sino que también escucha. Y de la misma forma que para nosotros es sumamente importante la Palabra de Dios, también para Dios son sumamente importantes nuestras palabras.

En el gran relato de la Alianza nos narra las vicisitudes de esa relación permanente establecida entre Dios y su Pueblo, entre Jesús y su Iglesia, entre el Espíritu Santo y su comunidad. Ello nos hace comprender mejor el antiguo testamento y superar las dificultades que aparentemente presenta –desde una perspectiva cristiana.

¿Y con quién entra Dios en Alianza, según el libro sagrado? Muchas personas, grupos e iglesias reivindican para sí ser destinatarios del libro sagrado y de la Palabra de Dios que en él se revela. En esa situación no nos encontramos solos los católicos. Judíos, protestantes, ortodoxos, católicos nos sentimos destinatarios de los libros de la primera y de la segunda Alianza y hacemos de ellos nuestra guía de vida y misión. Y si la Biblia es un bien compartido, ¿podemos nosotros, los católicos, el magisterio eclesial, monopolizar su guarda, su interpretación? ¿sentirnos destinatarios preferenciales y privilegiados? Este bien común compartido debe inspirar en nosotros una actitud humilde ante la Palabra. El mismo magisterio de la Iglesia sirve de catalizador y

pertenece a la naturaleza misma de la Iglesia, porque la fidelidad de Dios a su Pueblo hace que no revoque nunca su antigua Alianza. Y también se habla de la Alianza en la propositio 55 referido a María “Mater Dei et mater fidei”: allí se habla de su Sí a la Palabra de la Alianza y a su misión, a través del cual cumple perfectamente la vocación divina de la humanidad.. Y solo otras dos veces en el Mensaje final del Sínodo donde se hace referencia al acontecimiento eucarístico que celebra la nueva Alianza (*Mensaje*, n. 8). Y en referencia al diálogo con el pueblo hebreo (*Mensaje*, n.14).

²⁰ En las aportaciones al Lineamenta reseñadas por el Instrumentum Laboris, 34, se hace referencia a varias alusiones a la Alianza: Instrumentum Laboris, n. 34 (renovación de la alianza en la asamblea litúrgica, y diálogo de Dios con su pueblo; la liturgia de la Palabra es para el diálogo. En el n. 36: the economy of the Sacraments is “real celebration of the covenant”. Cuando se habla de la relación con los judíos en el n. 55, se vuelve a repetir lo que se decía en los Lineamenta..

facilitador de un gran diálogo mundial y permanente con la Palabra: la Palabra pertenece a todos. Se impone por lo tanto una especie de alianza entre todos aquellos grupos que consideran como propio el Libro escrito.

No debemos olvidar que el libro sagrado es libro de Alianza, donde se relata la historia de la permanente Alianza de Dios con su Pueblo, con la Iglesia, con la humanidad. Todos están llamados a acoger el Libro sagrado y asumirlo como dirigido a ellos. Eso es lo que hemos de favorecer: que este libro que cuenta la historia de Dios con nosotros y de nosotros con nuestro Dios, llegue a todo el mundo, destinatario de la Alianza, sea conocido por todo el mundo.

El principio interpretativo

El Sínodo reconoce que hay unos destinatarios preferenciales de la Palabra y en quienes la Palabra tiene una resonancia especial:

“Uno de los rasgos característicos de la Sagrada Escritura es la revelación de la predilección de Dios por los pobres... ellos son agentes de evangelización, en cuanto que están abiertos a Dios y son generosos en el compartir con los demás”²¹. Pero se añade algo sumamente importante: “Los pastores están llamados a escucharlos, a aprender de ellos, a guiarnos en su fe y a motivarlos para que sean artífices de su propia historia”²².

Ante la cuestión de cómo interpretar el texto bíblico nos podemos situar en un plano inadecuado. Hay quienes únicamente se interesan por la verdad del texto a partir del texto mismo, de su autor y del ambiente cultural y religioso en el cual su autor se movió: reconstruirlo –en el caso de que haya llegado hasta nosotros deteriorado- y fijar su lectura más probable, interpretarlo según las leyes de la ciencia histórico-crítica. Hay quienes están interesados, sobre todo, en la verdad salvífica: es decir, qué se nos transmite a través del texto sobre la salvación que nos viene de Dios, qué mensaje salvífico nos llega y cómo este mensaje salvífico se integra en el mensaje total de salvación. Para ello, recurren al sentido espiritual, alegórico.

Sin embargo, a mi modo de ver, el texto ha de ser interpretado como un elemento constitutivo del gran acontecimiento de la Alianza. La Alianza es la gran clave de interpretación. Se trata de un texto en el cual, no se intenta ofrecer una verdad, sino hacer “verdadera”, real, auténtica, la alianza de Dios con su pueblo a lo largo de todas las generaciones. Es un texto que establece y refiere el diálogo de amor apasionado entre Dios y su Pueblo; se trata de un texto que nunca envejece, porque está destinado a todas las generaciones que se sucedan en nuestro planeta. Por lo tanto, es un texto que necesita ser leído y reinterpretado de nuevo por los sucesivos destinatarios de la

²¹ Propositio 11.

²² Propositio 11.

Alianza. Cada ser humano está llamado a dejarse interpelar, a interpretar qué le dice el Dios de la Alianza a través de todo aquello que nos revela.

El texto requiere una permanente contextualización, necesita encarnarse en la carne de cada cultura, de cada pueblo, de cada tiempo. Nadie debe imponer el modo de inculturación. Hay que dejar libre la acción al Espíritu que actúa en el corazón de cada creyente y hace posible la transmisión de la Palabra como Palabra viva y no letra muerta. El Espíritu de la emisión y de la recepción hace posible la instauración sucesiva y creciente de la Alianza.

Nadie debe adueñarse de la Palabra. Hay que dar la Palabra al pueblo para que el pueblo de Dios hable y ratifique su Alianza en las coordenadas concretas de este tiempo, con las cláusulas necesarias en el tiempo y lugar en que se vive.

La Palabra de Dios no es una realidad que hay que conservar en el museo de la historia y utilizarla únicamente para obtener informaciones históricas. Es la Palabra de la Alianza, viva y permanente, que intenta entablar un diálogo. Por eso, la Palabra escrita de la Sagrada Escritura no está escrita del todo: está esperando que alguien la siga firmando y afirmando en su vida. Cada creyente y cada comunidad se convierten así en partners de la Alianza siempre antigua y siempre nueva. Acertadamente los Padres y Madres sinodales pusieron de relieve, aunque no en este contexto, la necesaria respuesta a la Palabra y el Papa Benedicto XVI seis estupendos números al tema “Respuesta del hombre al Dios que habla” (*Verbum Domini*, nn. 22-28).

Continuará con el tema VIVENCIA.